

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 99.

Alicante 12 de Octubre de 1872.

Año III.

LOS JÓVENES INCRÉDULOS.

Uno de los mas profundos males atraídos sobre los pueblos por las revoluciones en todos los países desde principios del presente siglo, es indudablemente el enaltecimiento de la fragil razon humana, que llegó á verse puesta en lugar del verdadero Dios, y personificada en una ramera por los demagogos de Paris, en el imponente y horrible drama que llenó de luto y espanto á la católica Francia, de terror y asombro á todas las naciones de Europa.

La santificacion de la razon humana significaba, en efecto, la negacion del Dios de nuestros padres, un rudo golpe asestado por los implacables enemigos del catolicismo contra la piedra angular del edificio social, la religion del Crucificado; pero era al mismo tiempo, la víbora deslizada traidoramente en el pecho de la incauta juventud, para matar su fé con el veneno de la impiedad y del orgullo.

¿A quién podia seducir ni enganar los discursos apologéticos de la crápula y del error, pronunciados

por los furibundos enemigos de Dios, mientras alzaban las guillotinas que debian segar las cabezas mas ilustres de la desdichada Francia?

Los hombres de fe viva y de corazon entero y esforzado, bajaban tristemente la cabeza al oír las horribles blasfemias é imprecaciones con que los impios acompañaban los cánticos y alabanzas de la diosa razon que, segun ellos, libertaba al ser humano de las cadenas de una religion, cuyo primer triunfo en la tierra fue el romper las ligaduras con que la ignorancia y el error esclavizaban á la humanidad; pero estos mismos hombres de fé viva y de corazon entero marchaban al suplicio con frente serena, y desafiaban la muerte con valor, considerándose tal vez dichosos al llevar integro y puro el tesoro de la fé que, la impiedad y el odio á todo lo santo, intentaban arrancarles.

El dardo iba dirigido á la juventud; á la edad inconciente, aunque á veces ilustrada, siempre inesperata, y notorio es, que el saber sin la esperiencia, ó lo que es lo mismo sin el conocimiento del mundo y del corazon humano, puede consi-

derarse como un bajel sin diestro piloto, y las mas veces como arma mortífera en manos del incauto niño.

La funesta semilla de la impiedad derramada por los enemigos de Dios, desde que la lumbré de la verdad despidió sus fúlgidos resplandores en el portal de Belen, disipando las tinieblas del mundo al extenderse; las falsedades, calumnias y heregias mil y mil veces victoriosamente refutadas, pero ingeniosamente pulidas y adornadas con las galas de la sátira y el buen decir, por los talentos franceses funestos para el bien, atraídos á la enciclopedia por Voltaire, cuyo génio literario pudiera haber constituido una de las glorias de Francia, si esta no viese en él la causa principal de sus desdichas pasadas y presentes; tantos y tantos elementos conjurados en daño de la juventud, aunque ocultos bajo seductoras formas para halagarla y perderla, debian forzosamente producir el profundo mal que hoy deploran todos los hombres de bien, al ver sus horribles estragos.

Un ilustre escritor, el Sr. Obispo de Hermópolis, demostró hace medio siglo con razones incontestables en una de sus célebres conferencias, que la incredulidad de la juventud no es ilustrada, ni sincera, ni desinteresada; tema tan fácil de evidenciar y sostener, que no creemos hoy necesario reproducir las razones en que lo funda, dictadas por el buen sentido práctico.

¿Quién duda que un jóven por grandes que sean sus talentos y conocimientos científicos no es ni puede ser persona competente para fallar en materia tan importante, sobre todo cuando, como por lo comun sucede á todos los incrédulos, así jóvenes como viejos, siéntense animados por el orgullo, faltos de caridad, ignorantes de catecismo, de ese monumento de santidad y saber, que arma el niño cristiano para confundir la soberbia del sábio incrédulo?

¿Quién duda que no puede ser sincera una incredulidad, que desconoce la base y los fundamentos de la doctrina, cuya verdad presuntuosamente niega, cerrando los ojos y oídos á los elocuentes y brillantes testimonios que el mundo y los sábios de todos los tiempos, hasta algunos sábios paganos nos han legado de su santidad, sabiduría, y de ser el único código capaz de labrar la ventura de los pueblos y la felicidad de los hombres?

¿Quién por último, podrá dudar que tampoco es desinteresada la incredulidad de la juventud, á poco que medite sobre las causas casi esclusivas que la producen? Despues de muchos filósofos eminentes, lo ha dicho el sábio Mr. Augusto Nicolas en su notabilísima obra el *Arte de creer*: el camino de la verdad es angosto, y el que lo recorra no debe buscar en él placeres sino privaciones, no flores, sino abrojos y espinas, porque solo en su término recorrido varonil y perseverante:

ménte, se encuentran los goces que insensatamente buscamos en la tierra y con los cuales nos seduce y engaña con sus mil artificios y lazos el génio de la mentira.

La frágil y deleznable naturaleza humana de suyo inclinada al mal, y sobre todo la inexperta juventud halagada por tantos incentivos y rodeada de tantos y tan temibles enemigos, huye del camino estrecho y escabroso de la verdad, donde se exige ante todo el sacrificio, para correr desalada por el ancho y seductor de todos los placeres y los vicios con que le brinda á manos llenas el error.

Peró la inesperienza del jóven, siente aun en ese camino de placeres á tanta costa comprados, el aguijón de la conciencia que á cada paso le recuerda lo torcido y peligroso de la senda que recorre, y en vano intenta hacerse insensible á las severas amonestaciones de su fiel amiga engolfándose en nuevos goces y haciendo de esta manera mas crítica y dolorosa su triste situación.

Si el jóven incrédulo tuviese la calma y prudencia que dan los años, y parase mientes por un momento, ante el terrible problema de vida ó muerte que se presenta á sus ojos, y en el que tan insensatamente se decide por la muerte; quizá intentaria tranquilizar su conciencia consultando sus dudas á personas doctas y autorizadas: entonces mediria en toda su profundidad el abismo que cava á sus pies y retrocederia espantado, como retrocedieron hom-

bres curtidos en el error, que abrazaron el bien arrastrados por el influjo de la verdad que solo se encuentra en Aquel, que es sabiduría suma, pues no por añejo es mas temible el error cuando sinceramente quiérese combatirle.

Los apologistas antiguos y modernos de la Razon, preséntanse á nuestros ojos y á los de todo hombre sensato é imparcial, como filosofastros llenos de hipocresía y petulancia, desprovistos de ciencia y faltos de esta misma razon, cuyo dominio absoluto reclaman, sin advertir que la calumnian y desfiguran al presentarla frente á frente de la verdad revelada, cuando aquella es en verdad el mas poderoso auxiliar para que sea esta conocida y acatada.

Los racionalistas jóvenes y viejos son, han sido y serán siempre inconsecuentes, hipócritas y tiranos, como lo es el error que ocultan bajo los pliegues de la bandera de la razon. La juventud incrédula se ha formado bajo esta andrajosa bandera que nunca tremoló enhiesta en rudo y franco combate con la verdad.

¡Jóvenes incrédulos! Si es verdad que los hay en esta noble España, plantel de santos y de héroes. ¡Jóvenes incrédulos! Si es verdad que hay en la pátria de Santa Teresa de Jesús, padres que con su culpable conducta ó criminal apatía fomentan la incredulidad en sus hijos, arrastrando en su ruina á los seres que Dios les concedió, para que con

su enseñanza y ejemplo los santificasen, santificando á la familia. ¡Jóvenes incrédulos! detened el paso en el camino de perdicion que recorreis, os encamina á un abismo. Reconcentraos en vosotros mismos, levantad los ojos al cielo y vereis despues pequeña, ruin y miserable esta tierra, de la cual quereis hacer otro paraiso de groseros placeres, acibarados irremisiblemente á cada instante por los dolores y amarguras que rodean al mísero mortal.

Si os llamais y quereis aparecer incrédulos, si proclamais el imperio, la supremacia de la razon y del libre exámen, proceded por lo menos con sinceridad y buena fé: emplead la razon y no desdeñeis el libre exámen para descubrir la verdad, que el egoismo y el orgullo ocultan interesadamente á vuestros ojos. Precisamente la verdad no rehuye nunca la discusion porque á la manera del oro purísimo, sale siempre mas brillante del crisol de la controversia.

¡Jóvenes incrédulos de España! No olvideis nunca, por vuestro bien, las elocuentísimas palabras de un ilustre escritor, de M. La Harpe, que brotan del corazon de un sábio y penetran hasta el alma. «He creido porque he examinado: examinad como yo y creereis.»

Juan de Zarandona.

Su Santidad el inmortal Pontífice Pio IX ha dirigido la siguiente afectuosísima carta al Excmo. señor

Obispo de Urgel, cuyos desvelos y trabajos en favor de la fé nos hacen recordar los trabajos de los primeros padres de la Iglesia:

«PIO PAPA IX.

«Venerable Hermano, salud y apostólica bendicion. Como lo que mas ardentemente pedimos al Señor y de él esperamos es que incline hácia nosotros los oidos de su misericordia, con satisfaccion vemos que él mismo derrama sobre su pueblo el espíritu de gracia y oracion, y que le robustece de tal manera, contra la misma esperanza, que parece adquiere nuevo vigor con habersele quitado paulatinamente toda confianza de auxilio humano, y con arreciar cada dia mas el peligro. Pues esta oracion, revestida de una fuerza celestial, no puede dejar de penetrar las nubes y ser oida en la presencia de Dios. Por eso, Venerable Hermano, nos han servido de gran consuelo aquellas piadosas peregrinaciones á los mas venerados santuarios de tu diócesis, promovidas por tí, y á las cuales, á pesar de las contrariedades de los tiempos, han concurrido en crecidísimo número los habitantes hasta de lejanos pueblos, para con santa libertad dar testimonio de su fé, é implorar la divina clemencia en favor de la Iglesia y de Nos. Asimismo no poco placer nos ha causado tu firmeza, pues en medio de tantos obstáculos y de tiempos tan adversos, procuraste con empeño promover esas públicas manifestaciones; ya porque en eso hemos visto una brillante prueba de tu celo y cariño hácia Nos, ya porque en un asunto difícilísimo llevado á feliz término y en los abundantes frutos que de ahí se han

reportado, hemos reconocido claramente el favor divino. Así, pues, damos gracias á Dios, y á tí, y á tu pueblo el parabien; y para comun utilidad de la Iglesia, y singularmente de vuestra propia pátria, hacemos votos para que todos pronto consigan lo que encarecidamente han pedido. Entre tanto, como presagio de la gracia celestial y supremos bienes, y en prenda de nuestra especial benevolencia, os damos con el mayor cariño la bendición apostólica, á tí, Venerable Hermano, y á todo tu clero y pueblo.

Dado en Roma en San Pedro, dia 16 de mayo de 1872.—Año vigésimo sexto de nuestro pontificado.»

PIO PP. IX.

Los Obispos suizos han formado causa comun con Mons. Mermillod, condenando todos la conducta del gobierno en una carta colectiva que han dirigido á su perseguido hermano, y que dice así:

«Monseñor: Los Obispos suizos, reunidos junto á las santas tumbas de los mártires de la legion tebana, no han querido separarse sin espresar á vuestra grandeza sus sentimientos de fraternal simpatía.

Vuestra causa es la nuestra; defendeis los derechos de la Iglesia, la independencia legitima de su autoridad espiritual y la libertad de las conciencias católicas.

El gobierno de Ginebra, despues de haber violado la libertad de las asociaciones religiosas, despues de haber cerrado las escuelas libres de Hermanos de la doctrina cristiana y hermanas de la Caridad,

por sus nuevas pretensiones y por su arbitrarias medidas da un rudo golpe á la misma constitucion de la Iglesia.

El episcopado suizo no puede callarse y os alienta á permanecer firme ante estos obstáculos.

Felicitemos á todos vuestros sacerdotes, y á los católicos del canton de Ginebra, por agruparse á vuestro alrededor en esta resistencia legitima. Sépase que no quedarán aislados los católicos de Suiza, los del mundo entero, y en general todos los amigos de la justicia, estarán con vos, porque fiel á las palabras de la Sagrada Escritura, *obedeceis á Dios antes que á los hombres.*

Os saludamos con la mayor ternura fraternal de nuestros corazones, diciéndoos la palabra que San Pablo dirigia á su querido Timoteo.

«Sostened el santo combate de la fé, y trabajad por ganar el premio de la vida eterna, á lo que habia sido llamado, confesando gloriosamente la verdad en presencia de una multitud de testigos.»

Dado en la Abadía de San Mauricio (Valais) el 24 de setiembre.

«José, Obispo de Sion.—Estèban, Obispo de Lausana y Ginebra.—Cárols Juan, Obispo de San Gall.—Eugenio, Obispo de Basilea.—Estèban, Obispo de Belen (abad de San Mauricio) etc.

UN PREDESTINADO DE 14 AÑOS.

(Conclusion.)

VII.

El sábado, aunque el enfermo sufrió del mismo modo, pudo acostarse. «Ama-

»da Margarita, hé aquí llegado mi último
» día; pedid perdón á Mr. Duvacher y á
» cuantos he podido molestar; por lo que
» á mi hace, todo lo perdono, si es que
» algo debo perdonar; sí, todo!...» Varias
» veces repitió: «Tengo sed, tengo sed!...»
» Y como le ofreciera agua azucarada:
» Jesús mio,» añadió «cuando tengo sed,
» me dan agua azucarada, que es muy
» buena; y á Vos os dieron vinagre!...
» Amantísimo Dios mio, tengo mas sed
» de Vos que de esta agua, que es tan
» sabrosa!»

Olvidaba decir que, el día anterior, ha-
biéndole dicho el Padre que los ángeles
tejian su corona en el cielo, pareció rea-
nimando por aquella idea que hizo aso-
mar una ligera sonrisa á sus labios, di-
ciendo en voz baja las siguientes palabras
que apenas pude oír: «Sí, preparada
» está la corona, de la cual los ángeles
» han quitado todas las espinas, para po-
» ner en su lugar rosas; pero aun no ha
» llegado el día; Dios quiere que todavía
» viva...» Margarita, «me dijo por la ma-
» ñana, al verme entrar en su cuarto,»
» habladme del cielo, como lo hicisteis en
» Pornic, el día de la Asuncion; ¿lo re-
» cordais? Oh! cuán feliz voy á ser con mi
» padre y mi madre y todos mis ángeles..
» Veré.. comprenderé... y amaré! Decid-
» le á Humberto que es muy grato ir al
» cielo á reunirse con sus padres; que se
» consuele!....»

Después de un rato de silencio, de re-
pente se incorporó y empezó á mirar de
hito á hito delante de él, como si hubiese
realmente alguna persona en su presen-
cia. Sus ojos se reanimaron; tenía las
manos juntas, y parecía absorto en la
contemplacion de lo que creia ver: «Oh!

amada Virgen de Lourdes» exclamó con
una voz que había recobrado toda su
fuerza «cuán hermosa sois! Cómo! sois
» Vos que habeis querido mostraros á una
» pastorcita! Venid! venid! tomad pronto
» á vuestro pobre niño... *Paciencia, hijo*
» «mío! *paciencia*» añadió cambiando su
voz como si se estableciera un diálogo
entre él y la que quizás le era ya dado
contemplar. Luego, anegado en lágrimas,
prosiguió: «¡Por qué decirme *paciencia!*
» siempre *paciencia!* ¿Queréis devolverme
» á la vida?... oh! no, esto no es posi-
» ble.... porque ya he visto el cielo!»

Mr. Duvacher se hallaba en su clase,
le hice llamar para decirle que nuestro
querido niño iba acabando visiblemente
y que, si se aguardaba la repetición del
ataque tal vez no serían posibles los últi-
mos sacramentos, al menos el santo Viá-
tico. Aynardo había manifestado vivo
deseo de no partir sin haberlo recibido
todo sin llevarse *todo lo que podía no de-
jarse*. Mr. Duvacher envió en seguida un
expreso y yo volví al lado del enfermo,
mientras que la señora y la señorita Du-
vacher hacían los debidos preparativos.
El buen niño se puso muy contento al
anunciarle la próxima visita de Nuestro
Señor. Cada vez que oía la campanilla de
la puerta de entrada, decia con ansiedad:
«Es por fin el Padre? Llegarán tarde!»
Solo respiraba á fuerza de éter; repitien-
do á cada instante: «Oh! Dios mio, *fiat!*
» y, no obstante, tendré tan gran consue-
» lo en recibirlos! Santísima Virgen, ha-
» ced que vengan pronto!» No sabíamos
como tranquilizarle. Varias veces recita-
mos á su lado el *No nos abandoneis* y el
Ave María «para obtener la gracia de
» vivir hasta la llegada de mi amado buen

«Dios....» decía juntando sus manos. Después de cada oración que rezábamos, contestaba *Amen*, con indecible expresión de fe y con gran firmeza en la acentuación. Luego intentando levantarse, volvía á repetir con lágrimas en los ojos: «Dios mio! no me abandoneis, todo os lo ofrezco; pero dejadles únicamente llegar antes de mi muerte.» Trajeron la mesa preparada, sonriéndose él al ver el Crucifijo, los candeleros y el conjunto de la ornamentación. Terminados los preparativos volvimos á acostarle con gran trabajo sosteniéndole con las almohadas. En fin, llegó primero el Padre, que fué acogido con un verdadero grito de júbilo. «¡Qué fortuna!» repitió varias veces el amado enfermo, enteramente reanimado. Refirióle el Padre que á la llegada del expreso iba él á salir, y que el único sacerdote que se hallaba en la parroquia también iba á marcharse. Aynardo pareció quedar muy sorprendido por la relación de aquellas circunstancias providenciales. Jamás he visto un aspecto mas tranquilo que el que ofrecía el rostro de aquel niño. Cuando volvimos á entrar en su cuarto: «Héme aquí, repitió varias veces ya muy contento, y os pido perdón. Ya sabeis que os quiero á todos mucho! Dios mio, curadme ó llevadme; pero prefiero morir, quizás mas tarde no estaré tan bien dispuesto.»

Como el Santísimo Sacramento tardaba en llegar y Aynardo iba debilitándose mucho, el Padre se decidió á aplicarle la indulgencia de la buena muerte. Contestó á todas las oraciones y parecía que los dolores no eran tan intensos en aquellos momentos; fué la *hora de gracia*. En fin, llegó el buen Dios. El niño se hallaba

mas tranquilo y mas recogido que nunca. Todos los alumnos entraron y se arrodillaron á los piés de su lecho. Humberto se hallaba á su lado, y varias veces Aynardo lo miró tiernamente, murmurando: «Te ruego que no llores, ni te aflijas.» El Rdo. Cura le dirigió algunas palabras muy tiernas que fueron escuchadas con semblante atento y admirable expresión.

Su mirada, que brillaba aun, se fijaba sin cesar en la cruz que tenia en sus manos. No podia darse una escena mas tierna, casi mas agradable, que la que ofrecia aquella última visita del Soberano Señor á su jóven servidor, que pronto iba á ser recompensado por su fidelidad, así en las cosas pequeñas como en los grandes sufrimientos. La Extremauncion siguió inmediatamente á aquella suprema comunión. Después de cada unción, se le oyó contestar: *Amen*, con tono firme y voz clara y resuelta.

VIII.

La noche del sábado al domingo fué tal que no es para descrita; no hay pincel capaz de bosquejar tan espantosos sufrimientos. Los ojos del enfermo estaban fijos, brillando por momentos, y por momentos casi enteramente apagados. Ya no se sentía las piernas: estaban tiesas y heladas; sus manos se crispaban; un sudor frio mojaba sus cabellos y goteaba por su rostro; sus labios estaban completamente amoratados y su respiración no era mas que un estertor precipitado.

Algunas veces pudimos creer que todo habia terminado. No obstante, conservaba completo conocimiento, pudiendo darse perfecta cuenta de todo lo que pasaba

en el aposento y abriendo los ojos al menor movimiento. Varias veces llamándole la hermana: «Mi Luisito de Gonzaga» levantaba la cabeza para decirle: «Mi «buena hermana, no me compareis á un »santo; soy demasiado impaciente y si »llegarais á inspirarme soberbia, ¡oh! »Dios mio, me hariais perder todos mis «escasos méritos.»

Al darle el Crucifijo hallaba todavía batantes fuerzas para besarle y contestar á las breves oraciones que recitábamos á su lado.

De este modo se pasó aquella larga noche de agonía, en la que cada movimiento, cada respiracion era un nuevo sufrimiento.

IX.

El Domingo, 20, fué el último dia de Aynardo.

El médico, que vino á primera hora, probó, como último recurso, la aplicacion de vejigatorios de amoniaco, pero su ademan inquieto y el tono de sus contestaciones, nos revelaban que habia perdido toda esperanza. El bondadoso niño se dejó aplicar los vejigatorios *sin proferir una queja*. «Señor,» decia al médico, «creo que es inútil; pero haced lo que »mejor os parezca! Si esto no me cura, »será al menos un pequeño sufrimiento »mas, que me procurará un lugar mejor »en el Paraiso.»

Durante aquel último dia, con voz conmovida, pero clara, nos dictó algunas lineas de despedida para su cuñado y tutor y para sus dos hermanos, ocupándose de este modo, hasta el fin, de su existencia, en dar muestras de afecto y recuerdo á cuantos amaba, y dejándoles

la dulce confianza de que se llevaba su imágen al cielo.

Aguardaba con ansiedad al Padre, y cuando este entró, el buen niño exclamó: «¡Oh! creia que llegariais demasiado tarde! Estoy tan contento de pensar que pronto habré dejado de sufrir!... Padre mio, imagino que será mañana cuando la Santísima Virgen me presentará á su amado hijo Jesus!... ¡qué hermoso estará el cielo!»

Mas tarde dijo varias veces al Padre: «Padre mio, yo no sé lo que será de mi, »porque sufro tanto... me ahogo, me «ahogo!» Y lanzó por dos veces un grito tan desgarrador que nos estremeció el corazon.

Antes de dejarle el Padre, á quien varias obligaciones reclamaban en otra parte, quiso darle una última absolucion: «Entonces quiero recibirla de rodillas,» exclamó Aynardo, cuyo excesivo abatimiento habia desaparecido de repente. Brilló como un rayo de vida en aquel semblante momentos antes velado ya por las sombras de la muerte. Apesar de todos nuestros esfuerzos y de las súplicas del Padre para contenerle, incorporóse enérgicamente, dejóse caer de rodillas á los piés del sacerdote y recibió la absolucion, prosternado de aquel modo. No tuvo fuerzas para volverse á levantar y nos costó mucha fatiga poder sentarlo en la cama. Acrecentóse la debilidad y casi espirando, no le quedó siquiera fuerza para entreabrir los ojos.

El Padre volvió á las cinco, y aunque no le quedaba al pequeño mártir mas que un ligero soplo de vida, no por esto se hallaban debilitadas sus facultades. Apesar de la suma dificultad que tenia en po-

der hablar, decía aun frecuentemente: «Dios mio, tened misericordia de mi! Jesús, Maria y José, sostenedme y amparadme en mi última agonía!» Yo le dije: «Querido Aynardo, el buen Dios cuenta todas tus lágrimas y cada uno de tus sufrimientos.» Sonrióse entonces; pero aquella fué su última sonrisa.

Poco despues de las seis, dijo á Margarita: «Buena Margarita, vos que sois tan bondadosa y caritativa, iréis á rezar el *Te Deum* en la Saleta cuando habré fallecido.» Pidió varias veces con insistencia que se recitára el *Magnificat*, así que hubiese exhalado el último suspiro.

Permanecía siempre nuestro pobre agonizante sentado en el borde de la cama, con las piernas colgando, no pudiendo sostener ya la cabeza, los ojos entrecerrados y semi-velados, presentando un tristísimo aspecto; pero al propio tiempo era tan tranquila la expresion de sus facciones y se retrataba en ellas tan perfectamente la pureza de su alma, que se le hubiera podido llamar el *Ángel del dolor*: sus últimas palabras fueron:

«Rogad por mí, ahora y en la hora de mi muerte!» Enseguida echó de repente la cabeza hácia atrás y exhalando un débil gemido, cayó sobre la cama. Apenas el Padre tuvo tiempo para correr á él, presentándole el Crucifijo que sus labios expirantes besaron por última vez. Sus ojos apagados se fijaron en aquella bendita imágen, que habia sido su sosten y su consuelo. Asocióse con una mirada á la última bendicion del Padre, y el alma de nuestro amado niño voló al cielo para recibir la recompensa de sus méritos y de sus prolongados sufrimientos (20 de Diciembre de 1870.)

HECHOS EDIFICANTES.

Una primera comunión en la Vendée.

Miéntas que en la Vendée, el Maine y la Bretaña resonaban por tercera vez los gritos de la guerra, una ceremonia hermosa como las ágapas de los primeros siglos del Cristianismo, producía un día de alegría en medio de aquellos años de luto. Hacia ya mucho tiempo que el Señor Presbítero Soyer, despues Obispo de Lucon, preparaba los niños de Cbanzeaux á la primera comunión. Durante todo el invierno se le habia visto recorrer los bosques, los caserios, los montes, despreciando todos los furores de la persecucion, para ejercer su santo ministerio. Presente en todas partes en que habia algun bien que hacer ó lágrimas que enjugar, dejaba por la noche su secreto asilo y bendecía á los enfermos en el lecho de muerte, ó bien rodeado de niños, hacia oír la palabra de vida bajo las ruinas medio cubiertas de una casa incendiada. Allí les enseñaba á amar á Dios, á consolar á sus madres, á rogar por Francia, y á perdonar á los asesinos de sus familias. De todos los pueblos cercanos acudían á oír sus piadosas instrucciones. Muchas veces en medio de un bosque ó al borde de un rio, en un valle solitario, celebraba la santa Misa en medio de las pobres viudas, de viejos y de intrépidos jóvenes apoyados en sus armas. Arrodiados todos en su alrededor, oraban con fervor pidiendo al cielo la resignacion, el valor y la fuerza necesaria para ahogar la venganza en sus corazones.

Hacia ya un mes que la Iglesia habia cantado el himno de la Resurreccion de

Hijo de Dios, y no había uno solo de aquellos fieles trabajadores que no se hubiese acercado á la sagrada mesa, cuando Mr. Soyer fijó el día de la primera comunión. El lugar escogido para aquella afectuosa fiesta fué una fresca pradera de la posesion de Fruchaux. Situada á bastante distancia del camino, en un valle desconocido, se extiende á lo largo de un arroyo que baña el pié de las alturas de Mauvecin. Al Norte y al Mediodía, extensos campos de retamas inclinan hácia ella sus suaves pendientes, y espesos bosques de espinos y cerezos silvestres la rodean con sus hojas y sus flores. En medio hay dos robustas encinas; debajo de sus ramas, y á la sombra de banderas blancas consagradas en el campo del honor, se erigió el modesto altar. Una tabla sencilla cubierta con un lienzo se apoyó entre sus troncos agugereados por el tiempo; las jóvenes añadieron guirnaldas de hiedra, rosas, flores y un cordero echado sobre su cruz, dulce símbolo trazado con el musgo del bosque y otras yerbecillas.

Era una de aquellas hermosas noches de primavera en que el aire parece tibio y embalsamado; en que la brisa llena de perfumes apenas mueve las hojas del sauce, y se mezcla á los cantos de los pájaros formando armonías celestes. Las estrellas brillaban en todo su esplendor, modificado solo por algunas ligeras nubes que flotaban en el aire como copos de nieve, y la luna pasando al través de los árboles, proyectaba su sombra sobre la yerba.

Los primeros albores del día no habían todavía blanqueado el horizonte, cuando un sordo murmullo, parecido al ruido de las armas y mezclado á un rumor

confuso de voces lejanas, anunció la llegada de los fieles. Una inmensa muchedumbre cubria ya las colinas cercanas. Sus largas filas desiguales se alargaban siguiendo las veredas estrechas; desaparecian en la sombra en el fondo de los valles; bajaban sin orden alguno por las cuestas escarpadas, y por último, venian todas á confundirse silenciosamente en la pradera. Por todas partes se veian destacarse sobre los racimos dorados las mantillas negras de las mujeres, los vestidos blancos de las jóvenes y los sombreros adornados con plumas de los soldados de la Vendée; y cada vez que los rayos de la luna venian á caer sobre sus armas pulimentadas, brotaban de ellas miles de rayos de luz. Poco á poco la pradera se fué llenando completamente de mujeres y de niños; destacamentos armados y una doble línea de centinelas avanzadas ocuparon las salidas del valle y coronaron todas sus alturas.

Un profundo silencio siguió bien pronto á la agitacion de la muchedumbre. Mr. Soyer acababa de revestirse con los ornamentos sacerdotales que un engañoso piadoso había logrado salvar del pillaje y del incendio de la iglesia; los santos misterios iban á comenzar. La proximidad del día hacia ya palidecer las estrellas; una claridad dudosa é incierta había aparecido en el Oriente; había ido creciendo insensiblemente y subia ya hasta el cielo herloseándole con los más bellos colores. Cuatro ó cinco niños, vestidos con sus ropas de fiesta, formaban de dos en dos alrededor del altar una línea semicircular. La inocencia y el candor brillaban en sus rostros. Sus madres, colocadas un poco detrás, no cesaban de dirigirles mi-

radas llenas de fé y de amor. ¡Ay! para muchas de ellas era la primera alegría que disfrutaban en su estado de viudez. Desde el extremo de la pradera hasta la cima de las colinas, los hombres con una rodilla en tierra, teniendo en una mano el fusil y en la otra el rosario, contemplaban con la más viva emoción aquella admirable escena, y algunas lágrimas involuntarias corrían por aquellos semblantes atezados y endurecidos por mucho tiempo con las escenas de la guerra.

Mr. Soyer bajó por fin las gradas del altar. En sus facciones, animadas de una expresión sobrenatural, se pintaban los sentimientos de su alma. Su emoción era tal, que apenas pudo entonar la magnífica invocación al Espíritu Santo que la Iglesia pone en la boca de sus hijos para las circunstancias solemnes de la vida. A esta sensación pasajera sucedió una exaltación aun mayor. Parecía que los cielos se habían abierto á la palabra del sacerdote. En el momento en que la muchedumbre inclinada adoraba en silencio, los primeros rayos del sol saludaban á su Criador. Todos los corazones de aquellos niños exhalaban oraciones dignas de los ángeles. Cuando Mr. Soyer levantando la Sagrada Hostia, les anunció el fin de su expectación, la realización de sus esperanzas y de sus deseos; cuando el Dios de bondad bajó á sus labios, tan inocentes y tan puros, todos trasportados de la más viva felicidad sintieron una paz inefable y gozos desconocidos. Su reconocimiento prorumpió en suspiros, en sollozos y en conciertos angelicales; y sus pensamientos se confundieron en un sentimiento único de amor y de adoración.

Solo los ecos del valle habían repetido

aquellos divinos cánticos. El temor de llamar la atención de los republicanos y de ensangrentar con una lucha aquella piadosa ceremonia, había contenido las voces de los fieles. Pero al oír el himno que por tanto tiempo había enseñado la victoria á la muchedumbre (el *Te Deum*), no pudo esta contener su entusiasmo. Los consejos de la prudencia se olvidaron, y muchos miles de vendeanos hicieron resonar las colinas con las alabanzas del Dios tres veces santo. Si, hacían bien seguir el impulso de su alma! ¿Acaso el cielo podía rehusarles la victoria en aquel día en que colmaba de bendiciones á la debilidad y á la inocencia?

Gritos de guerra y de viva el rey se mezclaron con los cánticos sagrados. Una exaltación indecible había reemplazado al recogimiento y á la oración, y cada paisano al volver á su cabaña se creía invencible. Hoy mismo, á la distancia de casi medio siglo, no se ha borrado aún el recuerdo de aquella fiesta. Las impresiones que había dejado en los corazones eran demasiado profundas.

Desde aquella época, mil sucesos diversos han llenado la existencia de todos los que reunió la pradera de Truchaut; muchas tormentas han pasado por encima de sus cabezas; la muerte se ha llevado al mayor número; los más jóvenes están ya en el declive de la vida; algunos han olvidado las promesas que habían hecho á Dios y á la memoria de sus padres; pero entre los que viven todavía, no hay uno solo que no mire aquel día como el más sereno, el más tranquilo y el más feliz de su vida (1).

(1) Una parroquia de la Vendée, por Mr. Quatrebarbes.

LA CUNA VACIA.

Bajaron los ángeles,
Besaron su rostro,
Y cantando á su oído dijeron:

«Vente con nosotros.»

Vió el niño á los ángeles

De su cuna en torno,
Y agitando los brazos les dijo,

«Me voy con vosotros.»

Batieron los ángeles

Sus alas de oro,

Suspendieron al niño en su brazos

Y se fueron todos.

De la aurora pálida

La luz fugitiva

Alumbró á la mañana siguiente

La cuna vacía.

J. SELGAS.

NOTICIAS.

Los católicos ginebrinos, despues de celebrar una reunion, hicieron fijar en los sitios públicos una enérgica protesta contra las decisiones de que ha sido víctima.

Los Obispos suizos se han reunido el 22 del actual en San Mauricio. Han protestado contra las decisiones de los protestantes y liberales de Ginebra en el asunto de Mons. Mermillod. La noche del dia citado la ciudad estaba brillantemente iluminada en honor de los ilustres huéspedes que, entre otras visitas importantes habian recibido la del consejo municipal.

El Reichstag aleman se reunirá á principios del año próximo. Entre los

proyectos que el gobierno presentará, cuéntase uno contra la autoridad episcopal.

El Cardenal Cullen debe salir uno de estos dias de Inglaterra en direccion á Roma.

En un hermoso artículo publicado por el *Univers* de ayer, propone Luis Veuillot que los católicos franceses den á Monseñor Mermillod la asignacion que se le niega injustamente por el Consejo de Ginebra. Hoy publicará la primera lista de suscripcion para esta noble obra, que honra á los católicos franceses y al insigne escritor que la ha concebido.

Parece que el Obispo de Orleans está ya completamente restablecido, y es de esperar, por tanto, que el infatigable y sábio Prelado prosiga sus tareas religiosas y patrióticas.

Todos los novicios jesuitas alemanes pasarán á Irlanda, donde quizá gozarán de más libertad que en su propia patria.

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial misa conventual á las nueve y cuarto. Por la tarde termina el novenario de Ntra. Señora del Rosario. En Sta. Maria misa mayor á las nueve. En la Virgen de Gracia misa de renovacion á las ocho.

Sábado.—En la Colegial misa de renovacion á las ocho. En las Agustinas por la tarde á las tres y media el diez y nueve de San José, en el que predicará D. Vicente Morell, teniente cura de la Colegial.

En las demás iglesias y en sus respectivos dias los oficios de costumbre.